

 El abrazo  
del monstruo

Félix J.  
Palma



Diego Arce es un reconocido escritor de novelas de misterio que no atraviesa su mejor momento. Desde la publicación de su primera novela, que lo catapultó a la fama, no ha conseguido reproducir el mismo logro y, después de muchas presiones y de otros tantos fracasos literarios, accede a los ruegos de su editor para resucitar en una nueva entrega al personaje al que debe su éxito: un psicópata apodado «el Monstruo» que secuestraba a niñas en la Barcelona modernista.

Pero una noche, mientras Diego y su mujer asisten a una fiesta, alguien decide llevar la ficción a la realidad y revivir al Monstruo secuestrando a la hija de Diego, Ariadna, de siete años, y en un juego macabro, proponer a Diego tres pruebas que deberá superar en directo a través de internet, si quiere recuperar a su hija. Comienza así una terrible carrera en doble dirección para descubrir quién está detrás del secuestro. Al mismo tiempo que debe demostrar al mundo hasta dónde es capaz de llegar para salvar a su hija, Diego también tendrá que reconstruir su vida, con la ayuda de su mujer y del inspector Gerard Rocamora, para descubrir en su pasado quién puede desearle tanto mal.

# Índice de contenido

## Primera parte. El secuestro

1. Mientras
2. El miedo es más rápido que la luz
3. Y después la corta en pedacitos
4. El destrozarrodivas
5. Jamás permitiré que seas de otro
6. ¿Qué clase de cabrón no haría eso por su hija?
7. Almas gemelas
8. Las obsesiones no tienen fecha de caducidad
9. Poderes mentales
10. Un clavo ardiendo
11. Solo faltas tú
12. ¿Instinto de supervivencia?
13. Un lector voraz
14. La forma en la que me mira
15. Pequeños experimentos con el alma humana (I)
16. La hija del basurero
17. Hasta el cambio de las estaciones
18. Antes de que se queme la cena
19. Una mañana en el zoo
20. Los hermanos Arce contra el Monstruo
21. Un desliz imperdonable
22. Un simple policía con un futuro prometedor
23. El pozo del dolor
24. En gran estima
25. Tanteos
26. Una niña muy mala
27. Infiernos particulares
28. Un triste antídoto

29. Tres días de lluvia

30. ¡Que viene el monstruo!

Segunda parte. El Monstruo

31. El único culpable

32. Los ojos de la muerte

33. Pequeños experimentos con el alma humana (II)

34. Los lugares comunes

35. Una cita de negocios entre cocoteros

36. Cosas que pasan

37. Vamos a contar mentiras

Tercera parte. Kétchup y ámbar

38. Another Day in Paradise

39. Plan de fuga

40. Un beso de buenas noches

Epílogo. El despertar

Agradecimientos

Sobre el autor

*A MJ, que me mantiene vivo con su respiración*

## Primera parte

### El secuestro

Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan.

STEPHEN KING

## 1

## Mientras

Porque nada sucede solo, en el mismo momento en que su hija era secuestrada, Diego apuraba su tercera copa de vino de la noche. Antes de tomar otra, se recordó a sí mismo que había prometido no beber demasiado. En él, el alcohol tenía más efectos que la simple borrachera. Por desgracia, era una promesa difícil de cumplir, ya que se encontraba en el XII Congreso Internacional de Novela, un evento de cierta resonancia que todos los años celebraba puntualmente en Barcelona la editorial Limbo, con el objeto de tomarle el pulso a la narrativa actual, si tal cosa era posible. Diego no solía participar en congresos literarios porque odiaba teorizar sobre literatura en general y sobre la escritura de sus novelas en particular, especialmente sobre la de *Sangre y ámbar*, su primera obra, la novela que diez años atrás, como la varita de un hada despistada, lo había convertido para su sorpresa en un escritor superventas. Cómo y por qué la había escrito era un secreto que pensaba llevarse a la tumba, pesara a quien pesara. Si este año había aceptado participar en el evento era porque sabía que Armand Tejada, su escurridizo editor, también se dejaría ver por allí, lo que le ofrecía la oportunidad perfecta de propiciar alguna charla fortuita en la que poder contarle el argumento de su nueva novela.

Por desgracia, los tres días de congreso habían transcurrido sin que se lo hubiera encontrado vagando a solas por los pasillos, de modo que el cóctel de despedida era la últi-

ma ocasión de que disponía para lograr llevar a cabo su misión. Diego había acudido del brazo de Laura, su mujer, y durante un rato, ambos habían deambulado por el fastuoso salón del hotel, fingiendo alternar mientras él trataba de distinguir la menuda figura de Tejada entre la concurrencia. Cuando al fin había atisbado su reluciente calva, experimentó el mismo regocijo que debían de sentir las urracas al vislumbrar algo brillante. Pero antes de poder iniciar ninguna maniobra de aproximación, se había visto rodeado de un grupo de colegas con ganas de cháchara. También venían escoltados por sus parejas, una de las cuales enseguida pegó la hebra con Laura. Su mujer podía hablar de cualquier cosa con cualquier persona en cualquier momento, así estuviera en la proa del *Titanic* mientras se iba a pique, y aunque Diego consideraba aquello como una especie de don, esa noche habría preferido que Laura estuviera afónica o directamente fuera sordomuda. Resignado a permanecer embarrancado en aquella esquina del *hall*, a escasos metros de su objetivo, atrapó al vuelo su tercera copa de la noche de la bandeja de un camarero y, después de propinarle un ávido trago, sonrió a sus colegas tratando de mostrar la misma relajada despreocupación que ellos.

Tras los saludos de rigor y unas cuantas generalidades sobre los predecibles derroteros del congreso, cuya única utilidad parecía ser llenarle los bolsillos a los ponentes, la conversación, como inevitablemente ocurría siempre que él estaba presente, derivó hacia *Sangre y ámbar*, su exitosa novela.

—Si os digo la verdad, por mucho que quiero a mis tres hijos, no sé yo si para salvarles la vida podría haber superado algunas de las pruebas que Diego plantea en su libro.

Quien con esa descarnada sinceridad hablaba, teniendo cuidado de que no lo oyera la mujer que lo acompañaba, la presunta madre de los mencionados vástagos, era Lázaro Ortega, un sesentón de cabellera blancuzca con una frondosa trayectoria como novelista a sus espaldas. En su lista

de propósitos para el año nuevo, Diego siempre incluía, entre apuntarse al gimnasio y a algún curso de cocina, la lectura de *Los cárdenos cabestros*, la novela que, allá por los ochenta, había consagrado a Ortega. Pero los años se sucedían uno tras otro y, a esas alturas, lo único que podía decir en su descargo era que, de momento, tampoco estaba en forma ni sabía cocinar.

—Sí, yo opino igual —lo secundó Guillermo Fraile, uno de los superventas de la editorial Limbo, cuya mujer había abducido a Laura.

Fraile era profesor de no recordaba qué universidad y en sus ratos libres, que debían de ser muchos, escribía novelas históricas, unos intimidantes tochos sobre el imperio romano, las cruzadas o las correrías de Gengis Kan, que devoraba un montón de gente. Había coincidido con él en otras ocasiones y había podido comprobar *in situ* que era de esa clase de individuos a los que el conocimiento le rebosa por las orejas. Diego admiraba a todo aquel cuya memoria semejava un pozo sin fondo donde parecía haber todo el saber del universo, quizás porque la suya tenía las dimensiones de un pastillero, y solía preguntarse cómo sería moverse por un mundo con la tramoya al aire. Estaba convencido de que, si algún día, por un terrible casual, todas las bibliotecas del planeta ardían a la vez, el conocimiento de la especie humana perviviría custodiado bajo el cráneo de hombres como Fraile.

—Yo, desde luego, no habría podido realizar la primera prueba del primer padre —le oyó confesar sin empacho.

Tras eso, Fraile soltó una carcajada, casi un graznido, al tiempo que hacía circular su móvil entre los presentes. Cuando llegó a manos de Diego, y este vio la foto de un gran danés tumbado sobre una alfombra, pudo entender el chiste. Devolvió el móvil a Fraile con una risita forzada.

Siempre ocurría igual. Cuando se hablaba de su novela, nadie cantaba las alabanzas de su prosa o la firmeza de los arbotantes que sostenían la trama. Qué va. De lo único que

hablaban era de las pruebas, de las malditas pruebas. Aquellos macabros retos que el Monstruo imponía a los padres de las niñas secuestradas eclipsaban todo lo demás, ya fueran virtudes o defectos.

—Menos mal que cuando leí *Sangre y ámbar* mis hijas eran mayores —comentó Darío Pardo, el tercer escritor del grupito, un poeta que, cansado de que lo leyeran cuatro gatos, el año anterior se había descolgado con una voluminosa novela, logrando algo más difícil todavía: que el número de mininos disminuyera—. Si alguna de ellas hubiera tenido siete años en aquel momento, creo que no habría podido acabarla.

Ni yo, pensó Diego. De hecho, ahora que Ariadna tenía justo esa edad, tampoco habría podido escribirla. ¿Cómo iba a describir aquellas escenas en las que el malvado cirujano torturaba a niñas de la edad de su hija, con ella durmiendo en la habitación de al lado?

—¡Y quién podría! —se solidarizó Ortega—. Cuando tienes una hija, todas las niñas del mundo se convierten automáticamente en tu hija. Es la magia de la paternidad.

Todos se apresuraron a asentir, tras lo cual hubo un momento de reflexivo silencio, que Ortega volvió a romper:

—El Juego de los Retos. ¡Qué idea tan sencilla y macabra! —celebró, como si se le hubiera ocurrido a él.

Aludió entonces a las tres pavorosas pruebas, cada una más horrible e insoportable que la anterior, que los padres debían realizar en el teatro del Liceo, ante toda la sociedad barcelonesa de principios del siglo XX. Si la superaban, el Monstruo les devolvía a sus hijas sanas y salvas, pues significaba que eran dignos de ellas. Pero si no, el secuestrador obligaba a realizar la prueba a la propia niña, y luego, si sobrevivía, la mataba asfixiándola con sus propias manos.

—Y así, las pobres niñas morían sufriendo en carne propia la cobardía de su progenitor, convencidas de que no las habían amado lo suficiente como para evitarle aquel suplicio... —exclamó Ortega, meciendo su nevada cabeza con

estupor—. ¡Diantres! ¿Cómo no va a preguntarse el lector qué habría hecho él en su lugar, qué retos habría sido capaz de superar y cuáles no por el amor de su hija? —Dejó que la pregunta flotara unos segundos en el aire, y luego, señalando a Diego con un dedo acusador, remató—: Esa es la clave del éxito de tu novela. El morbo que provoca descubrir las propias debilidades desde la seguridad de tu sillón mientras otro desgraciado sufre las consecuencias. ¡Brillante, Arce, sencillamente brillante!

Diego le agradeció sus exaltados elogios con una sonrisa resignada. No es que aspirara a que le dijeran que poseía una escritura refulgente y desgarradora capaz de despertar en el lector una emoción estética como nunca antes había experimentado, pero al menos le habría gustado que celebraran su nervio narrativo, alguna metáfora oportuna, algún ocasional destello de talento. En definitiva, que no lo admirasen únicamente por haber encontrado una premisa resultona que obligaba al lector a juzgarse a sí mismo, y haber imaginado un puñado de retos idiotas que a cualquier inquisidor, matón del tres al cuarto o profesor de gimnasia con un punto sádico se le habría podido ocurrir. Pero ya se había acostumbrado a que fuera así. De hecho, nadie hablaba nunca de *Dentro del aire*, la siguiente aventura del inspector Oriol Nevado, y mucho menos de *Los peces abisales*, la novela que había visto la luz a principios de año y en la que lo había dado todo. No, solo hablaban de *Sangre y ámbar*, que se había publicado hacía ya diez años. Era como si, desde entonces, en vez de escribiendo más novelas, hubiera estado haciendo calceta.

—Oye, Diego, ¿tienes pensado traer de vuelta al Monstruo en una próxima novela para que acabe lo que empezó? —le preguntó entonces Pardo.

Diego dio un trago antes de responder.

—Bueno, nunca puede decirse de esta agua no beberé —dijo al fin, evasivo.

—No olvides que no pudo completar su obra, que le impediste conseguir la última pieza de su plan —añadió su colega, lanzando una mirada significativa hacia Laura.

—Yo no. Nevado —puntualizó Diego.

Pardo soltó una carcajada.

—Es cierto, es cierto. Fue Nevado —aceptó cuando dejó de reír—. El inspector se lo impidió encerrándolo en aquel horno. Y para traerlo de vuelta, tendrías que explicar cómo logró escapar de allí, algo que quizás ni siquiera sepas —concluyó con una sonrisa socarrona.

—¡Oh, seguro que lo sabe! —intervino Ortega—. No habría escrito ese final si no lo supiera. ¡Eso sería como hacer trampas!

Diego hizo un gesto vago que no significaba nada y tomó un nuevo trago de vino para prolongar aún más el silencio posterior, con la esperanza de que alguien cambiara de tema. No hubo suerte.

—Oye, Diego, ¿y es verdad que te niegas a vender los derechos de *Sangre y ámbar* para el cine? —preguntó ahora Fraile—. Dicen por ahí que la mayoría de las productoras te han ofrecido cantidades indecentes por ellos.

«Dicen por ahí» era una bonita forma de referirse a Tejada, su editor, que, después de intentar convencerlo de que vendiera los derechos de todas las maneras posibles, se dedicó a paliar su disgusto despotricando sobre su cerrazón en los mentideros literarios.

—El cine y la literatura son medios muy distintos —respondió Diego—, y si alguien hiciera una película de *Sangre y ámbar* el resultado sería de una pobreza tal que seguramente me parecería insultante. Prefiero ahorrarme ese mal trago y que cada lector ruede su propia película en su cabeza.

Durante unos segundos, todos lo observaron con una mezcla de recelo y curiosidad, como si admirasen un ave exótica.

—Pues a mí me da que estás tramando la vuelta del Monstruo —retomó el incombustible Pardo, dándose un par de toquecitos con el índice en la nariz—. Tengo un sexto sentido para estas cosas. El cirujano sangriento asolará de nuevo la Ciudad Condal, ¿verdad?

Diego lo fulminó con la mirada.

—En ningún momento he dicho eso —respondió en tono cortante.

El exabrupto cogió desprevenidos a sus colegas. Ortega y Fraile lo observaron con perplejidad, mientras los labios de Pardo se arrugaban en un rictus ofendido.

—Pero tampoco has dicho lo contrario —murmuró como para sí.

Se hizo un silencio desagradable. Diego se arrepintió del tono desabrido que había empleado con el pobre poeta, pero no había podido evitarlo. Siempre que le preguntaban sobre la vuelta del Monstruo reaccionaba como una rata acorralada, e inevitablemente acababa lanzando una dentellada a ciegas. Por suerte, Ortega, que a causa de sus años debía de estar curtido en todo tipo de conversaciones embarazosas, conjuró el incómodo silencio cambiando de tema, como si a ninguno de ellos le hubiera molestado su aspereza. Diego decidió actuar también de la misma manera, y al poco, aliviado de que se hubieran olvidado de una vez de su novela, se volvió hacia Laura e intentó integrarse en la animada charla que mantenía con la esposa de Fraile.

—... y el médico me dijo que jamás había visto unas hemorroides internas como las mías —estaba diciendo la mujer en aquel momento—. ¡Eran como un racimo de uvas de buen tamaño!

Diego necesitó de toda su capacidad de abstracción para que la comparación de la señora no cuajase en su mente.

—¿En serio? —se interesó Laura—. Has debido de pasarlo muy mal.

—Ay, hija, ni te imaginas... Por cierto, ¡tengo las fotos de la colonoscopia en el móvil! Espera, que te las enseñe. No te importa, ¿verdad? Como tú eres médico...

—Bueno, no es precisamente mi especialidad, ya sabes que soy pediatra, pero si quieres...

Contra su voluntad, Diego dio un giro de cuarenta y cinco grados y volvió a quedar enredado en la conversación con sus colegas, que gracias a los dioses no tardó en languidecer. Media hora después, la gente empezó a evacuar la sala y eso acabó por desintegrar al grupito, cual nubecilla desmigada por la brisa del verano. Mientras se despedía de sus colegas, Diego, que no había dejado de vigilar a Tejada, vio que el editor y su esposa se encaminaban a la cola del guardarropa. Agarró a Laura del brazo y ellos también se dirigieron hacia allí, llegando incluso antes, ya que al parecer a Tejada aún le quedaba gente de la que despedirse. Finalmente, por el rabillo del ojo, Diego registró como la pareja se sumaba a la cola tres o cuatro turnos por detrás de ellos. ¡Bien!, se dijo. Ya lo tenía a tiro. Estaba vez no se le iba a escapar.

Cuando llegó al mostrador, recuperó la chaqueta de Laura y mientras la ayudaba a ponérsela, aspiró la suave fragancia que exhalaba su nuca: un perfume leve, evocador, con suaves notas de mandarina. El perfume que no había dejado de envolverla desde que la conocía, y que, con el tiempo, se había convertido en un bálsamo para él, un aroma que al inundar sus fosas nasales le anunciaba que todo estaba bien, que su mundo giraba de la forma correcta. Echó una disimulada ojeada a la fila y calculó lo que Tejada tardaría en alcanzar el mostrador. Para ganar tiempo, desovó un tierno beso en la nuca de su mujer. Laura se giró y lo contempló con extrañeza:

—¿Y eso?

—¿No puedo besar a mi mujer?

—Sí, claro...

—Estás preciosa esta noche.